

La interacción entre Vida Consagrada y Nueva Evangelización : una respuesta monástica

Dom Eamon Fitzgerald, OCSO
24 de noviembre de 2011

El punto de vista monástico que aquí se expresa es el de un miembro de la Orden Cister de la Estricta Observancia (OCSO), orden más generalmente conocida en esta parte del mundo como Trapense. Somos una pequeña parte de la gran familia benedictina. La OCSO tiene su origen en la tradición monástica de vida evangélica que encontró expresión en la Regla para los Monasterios de San Benito. En el Siglo XII, los fundadores de Citeaux (de aquí el nombre Cister) dieron a esta tradición una forma particular con su deseo de una vida más sencilla, más pobre, en más soledad y una observancia más estricta de la Regla de Benito. Esta particularidad se acentuó ulteriormente en el movimiento de estricta observancia que en el Siglo XVII se asoció al monasterio de la Trapa (de aquí el nombre de Trapenses). Los monjes y las monjas se dedican a alabar a Dios en el monasterio y bajo la Regla de San Benito. En el contexto de la discusión actual la siguiente cita de nuestras Constituciones sirve de orientación:

“La fidelidad al estilo de vida monástica está estrechamente relacionada con el celo por el Reino de Dios y por la salvación de toda la humanidad. Los monjes llevan esta inquietud monástica en sus corazones. El estilo de vida contemplativa es su manera de participar en la misión de Cristo y de su Iglesia y de tomar parte en la Iglesia local” (C. 31).

La vida se vive en el monasterio y está hecha de culto (Eucaristía y Oficio Divino), oración personal y lectio divina y trabajo (a menudo manual) y servicio a los Hermanos. Así que para el monje la perspectiva sobre evangelización es algo distinta de la del ministro de la palabra porque el monje, más que en un ministerio activo, se desvela por el Reino de Dios en su vivencia fiel de la conversatio monástica, en su búsqueda de Dios en comunidad y en el ritmo de vida comunitaria, aunque el enfoque sea la búsqueda de Dios, la orientación es la conversión personal y de la comunidad en su vida. ¿Cómo podemos vivir mejor nuestra llamada a buscar a Dios en este lugar y en esta determinada comunidad (eclesial) dando testimonio de la realidad de la Iglesia?

En la Orden hay 169 comunidades autónomas (97 de monjes y 72 de monjas) dispersas por 44 países y constituidas por 2083 monjes y 1736 monjas. La suprema autoridad en la Orden es el Capítulo General constituido por los superiores (monjas y monjes) de los monasterios autónomos de la Orden y por los delegados regionales. En septiembre de este año hemos tenido un Capítulo General y algo de lo que ofrezco en estas reflexiones procede de lo que allí fue emergiendo.

Los “**Lineamenta**” para la XIII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos cuyo título es “La Nueva Evangelización para la transmisión de la fe Cristiana” es un documento de tres capítulos cuyo título es: Tiempo de “Nueva Evangelización”; Proclamar el Evangelio de Jesucristo e Iniciar a la experiencia cristiana y tiene un Prefacio, una Introducción y una Conclusión. El **Prefacio** habla del mandato misionero recibido del Señor resucitado, del término evangelización y de su uso después del Concilio Vaticano II, y afirma que “la nueva evangelización es más bien dirigida a aquellos que se han alejado de la Iglesia en los Países de antigua cristiandad.” Sigue diciendo que “la Asamblea sinodal tendrá como finalidad examinar la situación actual en las Iglesias particulares, para implementar, en comunión con el Santo Padre Benedicto XVI, nuevos modos y expresiones de la Buena Noticia que ha de ser transmitida al hombre contemporáneo con renovado entusiasmo, como lo hacen los santos”. La Conclusión afirma que la nueva evangelización no significa un “nuevo Evangelio” sino una respuesta adecuada a las necesidades de la humanidad y de los pueblos de hoy. Es una nueva visión para una nueva situación, que infunde alegría y nos libera. Quiere decir compartir con el mundo sus ansias de salvación y dar razón de nuestra fe, comunicando el *Logos* de la esperanza. Uno de los obstáculos para la nueva evangelización es la ausencia de alegría y de esperanza entre los hombres... e influye en nuestras mismas comunidades cristianas”. Y la aspiración final es que el “mundo de nuestro tiempo pueda así recibir la Buena Noticia no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio cuya vida irradia fervor...”.

Aquí se reconoce que el mundo ha cambiado, que en las zonas tradicionalmente católicas del mundo hay una pérdida de fe, se reconoce que la gente de hoy desea recibir un mensaje de esperanza; que el testimonio que la Iglesia está dando no es el que cabría esperar y un deseo de que surjan testigos del Evangelio capaces de transmitir su mensaje de vida.

La **Introducción** es importante porque sitúa la iniciativa comunicándose a nosotros en Jesucristo y, mientras aquí y allá se advierte en el texto un tono admonitor sobre la necesidad que los cristianos tienen de evangelizar, el pensamiento más profundo es la reflexión sobre la verdad teológica que Dios se comunica a ¡los que no le buscan! (“Me he dejado encontrar por quienes no me buscaban: me hallaron los que no preguntaban por mí” [Rom 10,20]). Así que no estamos hablando aquí de técnicas – de formas o habilidades que vuelvan efectiva la obra de evangelización – sino que más bien de la iniciativa libre y gratuita de Dios que nos habla. El ministro del Evangelio, el cristiano es el ser tocado por Dios y que, a resultas de esto, quiere compartir su experiencia, su fe, el gozo que ha encontrado. Está al servicio de un don que ha recibido. La obra de evangelización es obra del Espíritu Santo, nosotros somos sus siervos. Esto nos remite a la validez de nuestra propia fe y a si realmente creemos las cosas que profesamos con nuestros labios. Nos llevará a la cuestión de la calidad de nuestra presencia en la Iglesia y entre los demás. Dios nos habla y nos llama a la comunión con El y con los demás en El. Y ésta no es solamente una idea, sino una realidad vivida en la fe y en la práctica. Si no vivimos esta comunión unos con otros, si solo la predicamos entonces nuestras palabras serán huecas y no darán fruto. Estamos hablando aquí no tanto de una estrategia como de una calidad de

presencia – cómo somos ante los demás y con ellos. El texto plantea una pregunta sobre la Iglesia y su capacidad de llegar a ser una verdadera comunidad, una verdadera fraternidad y un cuerpo vivo. Supongo que las dificultades que tenemos en nuestra Orden, en general no difieren mucho de la experiencia de muchos de vosotros. En general nuestras comunidades en Occidente son más bien ancianas con pocos jóvenes (excepto algunas llamativas excepciones); no encuentran con facilidad gente apta para el liderazgo en muchos niveles, tienen problemas con la economía, necesitan más ayuda de parte de personal laico, tienen grandes obras y la lista podría continuar. Hay zonas de crecimiento en partes de Asia, en África y muchas en América Latina, y las comunidades en estas regiones tienen otros desafíos. Pero el reto mayor para las comunidades es el de quererse. Es la relación – vivir queriendo a mis hermanos y a mis hermanas. Muchas comunidades han trabajado mucho sobre el diálogo, sobre dinámica de grupo con facilitadores y expertos en acompañamiento y terapia personal. Y, sin duda, en muchos casos esto ha mejorado la calidad de las relaciones. Debemos estar agradecidos por esto, pero no basta. El fundamento de nuestro amor como monjes y monjas cristianas es nuestra fe (y nuestra esperanza) en Dios. Es el único camino por el cual podemos enfrentarnos a los retos de la cuestión arriba planteada sobre la Iglesia y su capacidad de ser una verdadera comunidad, una verdadera fraternidad, un cuerpo vivo. Esta fe nos muestra el valor y la dignidad que Dios nos da y que da a todos los pueblos. Esta toma de conciencia nos hace humildes, y nos da la paciencia que es el fondo de todo amor verdadero.

En el **primer Capítulo** (Tiempo para una “Nueva Evangelización”) el concepto se discute de nuevo y más ampliamente. Aquí es evidente que se trata de un esfuerzo renovado espiritualmente para afrontar los retos que la sociedad y las culturas de hoy, en rápido cambio, plantean a la fe cristiana y sobre todo, aunque no solo, a Europa. El texto observa que la expresión “nueva evangelización” no es aceptada por todos en la Iglesia y entre otros cristianos. Es considerada como un juicio negativo sobre el pasado de la Iglesia, otra forma de proselitismo y como un posible cambio de actitud hacia los no-creyentes. No estoy seguro de la importancia del primer punto relativo al pasado de la Iglesia. Es de esperar que no se trate de la osadía de creer que nosotros somos los que tenemos la luz, los fervorosos y los que tienen todas las respuestas, en contraste con nuestro pasado. Puedo ver como esta “llamada a la acción” podría bien considerarse como un tipo de cruzada que podría constituir una amenaza para otra gente. Mucho depende de la actitud de la Iglesia. La actitud propuesta por el Papa Benedicto XVI en la imagen de “El Patio de los Gentiles” parece hablar de una manera más humilde de la presencia a otros, y esta manera es sumamente deseable. Una inquietud por todos los pueblos, creyentes y no creyentes que emana del deseo de estar al servicio del misterio para el que y del que la Iglesia vive, es la motivación desde la cual la Iglesia debe actuar. La repetida preocupación enunciada por la auto-evaluación, la purificación y el discernimiento continuo hace esperar que el espíritu que anima este esfuerzo de revitalización, que hoy se está llevando a cabo, haga evitar los errores arriba mencionados.

El documento sigue indicando los sectores de la sociedad contemporánea que plantean retos a la evangelización y hay un buen resumen de temas que encontramos en el mundo de hoy: el secularismo y sus efectos; la migración y la globalización; la información, la tecnología y los medios de comunicación social; la brecha norte/sur y la persistente crisis económica; los avances en la investigación científica y tecnológica, los beneficios que de ellos se desprenden y los retos que plantean; la vida civil y política y los cambios que ocurren en la política global con la emergencia de las nuevas fuerzas económicas, políticas y religiosas y las consecuencias que conllevan.

La descripción del mundo contemporáneo no es nueva en las áreas que se mencionan. Se describen posibilidades y peligros en la situación actual y luego se ofrecen pautas que la Iglesia y la comunidad cristiana deben seguir para responder a estos retos. El remedio que se ofrece consiste en superar el miedo y entrar en un discernimiento de fondo sobre la situación a la luz del don cristiano de la esperanza. Estos nuevos retos, que nos llaman al diálogo, nos piden una mirada crítica sobre nuestra manera de vivir, nuestra manera de pensar, nuestros valores y nuestros medios de comunicación. Nos llaman a una auto-evaluación que puede conducirnos a comprendernos hoy mejor como cristianos que somos. Es una llamada que dará lugar a estrategias prácticas para la evangelización, que nos dará valor a la hora de hablar de Dios y que dará lugar a un esfuerzo sostenido para dar un testimonio común como cristianos a la potencia del Evangelio.

Durante nuestro último Capítulo General (septiembre de 2011), como siempre, hemos estudiado los informes locales de todas las comunidades de la Orden y quisiera compartir con ustedes algunos de los principales hallazgos que emergieron y que indican algo de como las comunidades están afrontando ese mundo que aquí se presenta. Además de problemas particulares de comunidades, hay algunas indicaciones de una renovación espiritual en varias partes de la Orden, inclusive de casas en regiones marcadas por el envejecimiento. La vitalidad de una comunidad no depende tanto de la edad o del número de los miembros, depende más bien de su manera de vivir la vida cister. Algunas comunidades, a pesar de ser precarias, muestran señales de un gran deseo de vivir, de una gran esperanza y de una verdadera serenidad. La vida cister se vive auténticamente donde uno encuentra los valores evangélicos de perdón, de reconciliación y de unidad fomentados de forma genuina. Parece que dos cosas son necesarias para que una comunidad pueda vivir y avanzar, o por lo menos perseverar con una fe dinámica: la capacidad de cuestionarse o la conciencia de estar, de continuo, a lo largo de toda la vida, en un proceso de formación o de desarrollo y de tener, así, la disposición interior para luchar contra el individualismo y llevar una vida feliz. 2) La capacidad de dar expresión a una visión o de elaborar un proyecto que nace del corazón y que la comunidad considera como suyo. Gracias a estas disposiciones, un buen número de comunidades han podido encontrar unos recursos eficaces para afrontar sus situaciones.

Por otro lado es claro que algunas comunidades están estancadas y no tienen una visión clara de su propia situación. Otras comunidades tienen serias dificultades o divisiones internas. Más

concretamente, algunas comunidades, tras haber pasado años adaptando edificios, mejorando la calidad de la vida fraterna y la fidelidad a los valores monásticos, y tras haber hecho todo esto de una manera bien pensada y serena, han llegado a la conclusión que todo esto no ha cambiado, sustancialmente, su situación, y se están cuestionando sobre nuevos caminos para ir adelante. Otras han trabajado mucho en las relaciones interpersonales y ahora echan a faltar un espíritu de interioridad y están tratando de reajustar el equilibrio revitalizando los valores monásticos principales. El uso de los modernos medios de comunicación sigue siendo un problema sin resolver para muchas comunidades. El diálogo entre monasterios en la misma región ha sido útil porque ha abierto algunas comunidades y las ha llevado a darse cuenta de que solas no pueden resolver sus problemas. Estos informes nos dan algunas indicaciones de cómo las comunidades de nuestra Orden están respondiendo a los retos del mundo de hoy.

La vida consagrada parece tener un importante papel que desempeñar en lo referente a la espiritualidad y al cambio de sentido que la religión tiene hoy entre la gente, así como en el diálogo con las grandes religiones mundiales. Muchos de nuestros monasterios van descubriendo que hay un número significativo de laicos interesados no solo en visitar nuestros monasterios, sino también en profundizar en el conocimiento y la comprensión de la espiritualidad cister para que les seas de ayuda a la hora de vivir más a fondo su vida cristiana en la parroquia y en la diócesis. Algunos monjes y monjas de ambos lados del Atlántico están implicados en el diálogo Oriente/Occidente, pero son una minoría. Con todo se están haciendo buenos esfuerzos en el mundo benedictino para que aumenten en este ámbito tanto el interés como la implicación. Tenemos una pequeña y discreta presencia en el mundo musulmán y, ¡cómo no!, el testimonio de los monjes de Tiberine obtuvo mucha publicidad con la película “De dioses y hombres”.

El **segundo capítulo** de este documento sobre **Proclamar el Evangelio de Jesucristo** es, en mi entender, la parte más importante y sugestiva del documento. Y esto porque focaliza el objetivo de transmitir la fe que es la realización de un encuentro personal con Jesucristo, en el Espíritu, lo cual lleva a experimentar a Dios como su Padre y nuestro Padre. Transmitir la fe en Cristo significa crear las condiciones para una fe que es pensada, celebrada, vivida y rezada: en breve, esto significa participar en la vida de la Iglesia. Lo que no se cree, lo que no se vive no se puede transmitir. Solamente estando con Jesús y viviendo la experiencia del Padre en el Espíritu podemos hablar de nuestra vida. Esto es don y tarea para todos los que se acercan a Jesús y creen en El. Esto acontece a través de la Sagrada Escritura y la vivencia de la Tradición de la Iglesia. La catequesis y el catecumenado son los medios para pasar esta tradición, a través de maestros que pueden guiar al pueblo en las Escrituras y en el conocimiento del Señor por su propia enseñanza y ejemplo. El aspecto de la **Iniciación Cristiana** se trata más en detalle en el **tercer capítulo**, que es una declaración estupendamente clara de lo que significa llegar a la fe en Jesús.

El hecho es que son muchos los retos que se plantean a la capacidad de la Iglesia para que lleve a cabo este cometido, debido a la escasez de sacerdotes y al estado actual de muchas familias encorvadas por las luchas de la fe en el mundo de hoy. El documento parece mirar a grupos y a movimientos eclesiales para compensar esta falta.

Como ya dicho, en nuestras circunstancias monásticas, muchas comunidades tienen dificultades parecidas a las de la Iglesia para transmitir la fe que han recibido. Algunas de ellas tienen dificultad en encontrar a miembros aptos para ser formadores, mientras que otras donde hay gente en formación tienen dificultad en encontrar a gente que ejemplifiquen bien la vida. Pero las hay que tienen recursos y experiencias y los informes de nuestro Capítulo General reflejaban su experiencia en formación. La comunidad es el primer formador cuando la búsqueda de Dios está viva y presente en los miembros. Cada uno es responsable de pasar los valores monásticos a la próxima generación. Un ejemplo feliz y coherente de los miembros mayores es vital para que los miembros más jóvenes perseveren. Seguirán lo que han visto y lo que han tocado. Lo importante también es que la comunidad tenga una visión, sostenida por la enseñanza del superior. Una comunidad necesita estar unida y esto acontece por medio de un verdadero diálogo. Esto es lo que cambia los corazones y es aquí donde la gracia actúa. La realidad de los candidatos de hoy requiere, más que en el pasado, un discernimiento serio y humilde respecto a la vocación de los candidatos o a la capacidad que la comunidad tiene de formarlos. Aunque la comunidad no sea perfecta puede seguir exigiendo al novicio en relación a su seguimiento de Jesús. La capacidad de entregarse forma parte de cualquier auténtica llamada a seguir al Señor. No deberíamos ceder a la ilusión de esperar que la persona se sienta realizada si facilitamos la vida o si rebajamos los ideales. El papel del formador consiste en ayudar a cada persona a que integre lo que recibe para poderlo interiorizar y dejarse transformar por ello. Por esto, la formación inicial más que formación intelectual debería ser más inmersión de la persona en la vida de cada día y en la vivencia de los valores monásticos. Se trata de poner a la persona en contacto con Cristo, más que de catequesis. El formador debe ser alguien que se siente a gusto con su abad y con la comunidad y así puede ayudar al novicio a que entre en una relación similar con ellos y con Dios. Esta experiencia sintoniza bien con lo que se dice en el capítulo y en su conclusión, a saber que la Iglesia debe llegar a ser una comunidad de testigos del Evangelio. Reconforta, además, notar que otro fruto de esta vivencia cristiana renovada es “el valor de reconocer y admitir nuestros errores”.

Estas son algunas de las reflexiones que se me han ocurrido al leer el documento. Espero que puedan ser útiles a los que asistimos a este encuentro.